

LA VIRTUD DE LA COMPASIÓN

Sobre esta virtud habló el Antiguo y el Nuevo Testamento: *“El gran amor del Señor nunca se acaba, y su compasión jamás se agota. Cada mañana se renuevan sus bondades; ¡muy grande es su fidelidad!”* (Lamentaciones 3:22-23). *“En fin, vivan en armonía los unos con los otros; compartan penas y alegrías, practiquen el amor fraternal, sean compasivos y humildes”* (1 Pedro 3:8).

Recordemos lo que más tarde nos enseñaron los Santos Padres:

1 – La compasión es el distintivo del hombre

“¿No advertís que llamamos humano lo que respira compasión y bondad, y calificamos de inhumano todo lo que lleve signo alguno de crueldad y dureza?

¿No es así que tomamos por distintivo del hombre la compasión, y lo contrario el de las fieras? De ahí que digamos: Pero ¿es eso un hombre o una fiera y un perro? Propio de los hombres es socorrer la pobreza, no aumentarla” (San Juan Crisóstomo, 1 Co h. 9).

2 – La compasión vale más que la limosna

“Aunque la verdadera compasión consiste en socorrer al prójimo en sus necesidades por medio de la liberalidad, sin embargo, sucede algunas veces, a los que tienen a su disposición gran abundancia de bienes exteriores para comunicarlos a los demás, que se halla en su mano más pronta la limosna que su espíritu para la compasión. Por ello es necesario comprender que da perfectamente quien siente también, cuando hace bien al afligido, la aflicción en su corazón, de modo que primero participa en la angustia del que sufre y luego se esfuerza en remediar su dolor por medio de su ministerio. Como hemos indicado, con frecuencia la abundancia de bienes, y no la virtud de la compasión, hace a los dadivosos. Pero el que tiene una verdadera compasión por la miseria de su prójimo a menudo ayuda al indigente en aquello que representa para el mismo una molestia. La compasión de nuestro corazón es perfecta cuando no tememos exponernos nosotros mismos a la necesidad por el prójimo para librarle a él de su miseria. El que da bienes temporales, no abandona más que cosas que están fuera de él, pero quien da su compasión y su dolor a su prójimo, le da algo de sí mismo!” (San Gregorio Magno, Morales, 20, 36, 68).

3 – La compasión, ley de la naturaleza y de Cristo

“¿Qué haremos, pues, nosotros, los que hemos heredado un nombre grande y nuevo, tomado el nombre mismo de Cristo; nosotros, que somos nación santa, real sacerdocio, pueblo peculiar y escogido (1P 2, 9), seguidor de buenas obras y saludable (Tm 2, 14); nosotros, discípulos que somos de aquel Cristo manso y benigno, que cargó sobre sí mismo nuestras enfermedades (Is 53, 4), que se humilló a sí mismo hasta tomar nuestra masa y se hizo pobre hasta vestirse de esta carne y morar en esta tienda terrena; que por nuestro amor sufrió dolores y debilidad, a fin de que nosotros nos enriqueciéramos de su divinidad? Nosotros, pues, que tal ejemplo tenemos de misericordia y compasión, ¿qué pensaremos y qué haremos con los miserables? ¿Los vamos a despreciar, pasaremos de largo a su lado, los abandonaremos como a muertos, como a abominables, como a las más malignas serpientes o fieras? ¡En manera alguna, hermano! Eso no dice con nosotros, ovejas que somos de Cristo, el buen pastor que vuelve a la descarriada y se va en busca de la perdida y fortalece a la débil; ni tampoco dice con la naturaleza humana, que puso por ley la compasión y, por la común debilidad, nos enseña la piedad y la ley de la compasión y, por la común debilidad, nos enseña la piedad y la humanidad!” (San Gregorio Nacianceno, Sobre el amor a los pobres, 15).